

EL IMPARCIAL

Invita á sus lectores y anunciantes á presenciar las grandes tiradas de sus cuatro ediciones



ELI

El Imparcial, Madrid
Domingo 22 marzo 1908

TARIFA DE ANUNCIOS
Nacional: 10 céntimos de peseta línea. Extranjero: 20 céntimos.
En la tercera plana: 5 pesetas línea.
Cada anuncio satisface 10 conts. del impuesto. (Ley 10 Octubre 90)

NÚMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

FUNDADO

UN ARTÍCULO DE UNAMUNO

El catalanismo y la cultura

Contestación á Cambó

Sabíamos que el ilustre rector de la Universidad de Salamanca había escrito para el número de la excelente revista *Faro*, que se publicará hoy, un artículo notabilísimo. Queriendo anticipar á nuestros lectores el conocimiento de ese trabajo, siquiera fuese fragmentariamente, solicitamos de los distinguidos compañeros que redactan aquella publicación que nos diesen traslado del original. Su amabilidad, que agradecemos, nos permite insertar una parte del artículo de D. Miguel de Unamuno.

Está escrito después de oír el discurso que el señor Cambó pronunció en Salamanca, y es una respuesta energética, elocuentísima, que leerán con entusiasmo los defensores de la nación y de los prestigios de la ciencia.

Dejando á *Faro* la satisfacción y el honor de publicar íntegramente el artículo que Unamuno ha escrito para sus columnas, vamos á reproducir algunos de sus conceptos; y para sustituir de alguna manera la concatenación y el enlace que hacen de ese escrito un todo armónico, pondremos de nuestra cosecha subtítulos á los fragmentos que insertamos.

*

Omissiones Intencionadas

Decía Cambó que, después de hecha la unidad española con la unión de las coronas de Castilla y Aragón—éste era principalmente Cataluña—bajo los Reyes Católicos, el curso natural de nuestra historia se torció con la venida de Carlos I, un extranjero, que llevó la política española, tanto en lo exterior como en lo interior, por derroteros distintos de aquellos otros que el pueblo, dejado á su inspiración propia, habría seguido. La obra de Castilla estaba, según Cambó, en el Norte de África, la de Cataluña en la conquista mercantil del Mediterráneo, y Carlos I llevó á una y á otra á guerras en el interior de Europa.

Dos cosas calló el hábil catalán. La primera, que aquella política del primer Austria, que á Cambó le parece fué una política contraria á las aspiraciones y á los intereses de los pueblos españoles, se hizo al servicio de la unidad católica, constituyendo á España en el brazo armado del catolicismo y el adalid de la Contra-Reforma. Esto se le calló. Había muchos curas—y hasta algunos frailes—en su auditorio; eran los que con mas complacencia le oían, los que más «bravos» y «muy bien» dejaban escapar de sus pechos, los que más le aplaudieron. Detrás de él se sentaba un obispo.

Otra cosa se calló, y fué la obra del descubrimiento, conquista y colonización de América, la más grande obra del pueblo castellano—pues fué Castilla quien la llevó á cabo—la obra que ha hecho de la lengua castellana nuestro más rico tesoro, una lengua internacional de una veintena de Estados; una lengua que llegará á ser la primera del globo, y que, por su vasta internacionalidad, no por otra cosa, acabará por imponerse en España á todos los restos de las demás lenguas aun en ella subsistentes.

ellas, tanto peor. Lo primero que se restablecería, la censura.

No es posible ya en España ministro alguno de Instrucción pública, por reaccionario que se le suponga, que restablezca el índice inquisitorial para las bibliotecas públicas oficiales, y no es posible esto, merced á ese sentimiento de responsabilidad moral ante el resto del mundo culto, de que es órgano el Estado. Pero este sentimiento no lo tienen, en general, nuestros claustreros, y Universidad habrá—tal vez la de Barcelona—donde la mayoría de los profesores votarán por someter á expurgo, conforme al Índice católico, las obras de sus bibliotecas universitarias.

Decía Cambó con cierta sorna que hoy cada profesor sirve para todas las Universidades y hasta para todas las asignaturas. Para todas las Universidades, sí; y ¿por qué no? ¿Es que la química catalana es distinta de la química gallega, ó es diferente la historia en Granada de como lo es en Valladolid? Bien se vé aquí la reticencia. Los profesores todos de la Universidad de Barcelona han de ser catalanes, para explicar en catalán, háganlo mejor ó peor.

Para justificarlo, añadía Cambó que la ciencia no tiene eficacia ni valor sociales cuando no es apasionada, cuando es fría y abstracta. Pasión, sí, pasión hace falta para cultivar y enseñar la ciencia; pero es la santa y ennobecedora pasión de la ciencia misma, es el amor desentrenado á la verdad, es el entusiasmo por arrancar á la Naturaleza, al espíritu y á Dios sus secretos. ¿O es que quiere hacer Cambó de la Universidad de Barcelona una escuela de catalanismo también? ¿No basta acaso con todo lo que esos movimientos regionalistas, el de su tierra y el de la mía sobre todo, han manchado la ciencia, fraguando una historia, una etnología, una filología y hasta una filosofía social henchidas de fantasmas y de sofismas y de arbitrariedades al servicio de las insatiabiles vanidades colectivas de los pueblos?

La ciencia—bien lo decía Platón—no es cosa del vulgo, y á los prejuicios del vulgo quieren sacrificarla los que tratan de hacer de ella, en Universidades regionales, instrumento de sus caprichos y arma de política. Porque esa pasión que para la enseñanza de los ciencias y las letras pedía Cambó, el político, es una pasión espúrea, que mancha y degrada á la ciencia, la cual se mantiene con el fuego sagrado de otra pasión más pura, de la pasión por la verdad, por la libertad de investigación y de pensamiento, por el odio á la falsificación, por la sed de cultura.

Y este amor supremo, entendiéndolo bien los que como Cambó piensan, este amor supremo lo tenemos muchos de los espíritus críticos, faltos de fe, según Cambó, porque no es nuestra fe su fe—si es que él tiene alguna—muchos de los que arrastramos nuestro propio cadáver, según frase del habilísimo político, que lleva su espíritu vivo Dios sabe á donde. Sí, hay una fe en nosotros, aunque no sea fe en un pueblo que nos haga diputados, para que luego podamos ser ministros; hay una fe en nosotros, los espíritus críticos, y es una fe en la cultura y en la verdad.



La obra castellana del descubrimiento, conquista y civilización del Nuevo Mundo; la más grande contribución de España a la labor del humano linaje, trasladó la majestad del Mediterráneo al Atlántico é hizo la hegemonía de Castilla. Y si España se desangró y empujó por ella, fué para dar vida á toda esa familia de naciones, que tienen por sangre espiritual el habla castellana. La decadencia que á ese esfuerzo siguió fué una gloria, como lo es la santa palidez de la mujer convaleciente, después de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo, como dice con su habitual grandilocuencia el más grande de los oradores en lengua castellana hoy vivos, esto es, el uruguayo Zorrilla de San Martín, el gran poeta. (¿Sin ser poeta, cabe acaso ser grande orador?)

El conferenciante, en su rápida excursión histórica se detuvo en la desamortización de los bienes de la Iglesia; pero se tragó todo lo de América, como si esto no hubiera existido y sido la mayor empresa internacional de España.

El Estado, órgano supremo de cultura

Y en esto de la internacionalidad es en lo que quiero aquí detenerme, ya que la conferencia de Cambó me ha corroborado en mi convicción de ser este Estado, de que los catalanistas abominan, el supremo órgano de cultura y de liberalización que en España tenemos.

Esos cuatro grandes siglos, desde el XVI al XIX, esos siglos del Renacimiento, de la Reforma, de los reyes absolutos, de la Revolución y de la forja de las grandes nacionalidades modernas, esos siglos, que abre Lutero y corona Napoleón, son los siglos que han creado el Estado moderno, y con él el ideal civil de la vida moderna.

Los pueblos, esos pueblos á cuyas energías apelaba Cambó, no han tenido nunca política exterior ó internacional alguna; jamás han aspirado á otra cosa que á que los dejen en paz y en su vida cotidiana. Una vez que hubieron echado al moro de sus tierras, maldito si sintieron deseos de ir á quitarle las suyas en su Morería. Las empresas exteriores, internacionales, son siempre cosa de una minoría, de la minoría misma que asienta las libertades hondas. Al pueblo le basta con que le dejen recoger sus frutos y comérselos, y con que, mediante una Inquisición cualquiera, le aseguren la paz espiritual, que no le turba las siestas.

Un individuo es ciudadano cuando tiene conciencia de sus derechos y deberes civiles frente á los demás ciudadanos, y un pueblo es verdadera nación, es Estado, cuando hay en él quienes guardan una conciencia de sus deberes y derechos frente á los demás pueblos. Y esta conciencia internacional es reflejada hacia dentro, hacia los problemas interiores, la verdadera garantía de las libertades profundas. Hay cosas que en la política nacional no pueden hacerse por un sentimiento de responsabilidad moral ante Europa, ante las demás naciones, con que tenemos que convivir. Hay mucho más sentido y mucho más fondo de lo que se cree en aquella frase, que sueta tomarse á broma: ¿Qué dirán las naciones europeas?

Y el guardián de esta responsabilidad, su órgano y á la vez garantía del liberalismo, es el Estado, ese Estado moderno execrado por cuantos quisieran volvernos al reinado de los Reyes Católicos. El Estado es hoy el escudo de las libertades individuales, frente al pueblo mismo.

La autonomía universitaria

Una alusión hizo Cambó á la autonomía universitaria, suponiendo que si una mancomunidad de las provincias castellanas tomase á su cuenta esta vieja Escuela Salmantina y la hiciera autónoma, florecerían aquí las ciencias, las letras y las artes. Lo dudo mucho, y aun más que lo dudo, lo niego.

En la situación actual del espíritu público español—en cuanto puede llamarse espíritu,—el golpe más rudo que podría recibir la cultura española sería el hacer completa y perfectamente autónomas á nuestras Universidades. Con claustros que no están hechos ni por Universidades autónomas ni para ellas, tal autonomía vendría á resultar un desastre. Y si se hicieran claustros por ellas y para

Los problemas del Estado

Y cuando oigáis execrar del Estado y culparle de nuestros males y pedir que volvamos á los Reyes Católicos ó poco menos, y entonar himnos á la vida local, y á la energía difusa de los pueblos, entendid que se está execrando de la obra, religiosamente santa del Renacimiento, de la reforma y de la revolución; entendid que se está combatiendo al liberalismo, y sobre todo á la libertad de conciencia. Se ataca á los Estados, porque ellos son, frente á la Iglesia, la garantía de la libertad y del progreso de la cultura.

El diestro sofista catalán no hizo la menor alusión directa al problema religioso, al problema de la perfecta libertad de conciencia, y sin embargo, es el radical y es el que palpita por debajo de lo que iba dejando caer de sus finos labios de sofista.

Todo eso del problema catalán—que acaso no es tal problema;—todo eso de la Administración local, parece traído adrede para apartar de los espíritus, ó los que se quiere mantener en una paz bochornosa y dañina, las preocupaciones supremas, aquellas que crepó á azuzar la discusión del proyecto de ley de asociaciones.

Y sin embargo, entre un liberal catalán y un liberal castellano, cuando sean verdaderamente liberales, ha de haber siempre más solidaridad de aspiraciones, de sentimientos y de intereses morales que entre un liberal y un católico catalanes ó uno y otro castellanos entre sí. Y el sustento de esta solidaridad es, hoy por hoy, el Estado.

Siendo yo casi un niño, oi una vez á un paisano y vecino mio decir que aunque todos los bilbaínos se licieran castistas, Bilbao seguiría siendo liberal. Y así puede decirse que, aunque todos los españoles se licieran lo que Cambó aparece ser, España, el Estado español, tendría que seguir siendo liberal. Aunque tengamos eso de la religión del Estado y la unidad católica oficial.

Tenemos los liberales que defender la obra del Renacimiento, de la reforma y de la revolución, agrupándonos en torno al Estado, á este supremo órgano del liberalismo, brotado de la tradición clásica y de la noble ciencia, que jamás se puso al servicio de egoísmos ni vanidades colectivos, del Estado, garantía de los derechos del hombre, de las libertades individuales, que, por ser las de cada uno, son las de todos.

Frente á todos esos que quieren reanudar la Edad Media, borrando cuatro siglos de la historia, hay que luchar por el pueblo, hasta contra el pueblo mismo. Y quédese el romanticismo sentimental, que hunde sus raíces en polvo de archivos, para hacer leyendas del conde Arnau ó serventesios.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES